

IV. El Espíritu



El Espíritu Santo, es la Persona que está al norte de la imagen. Está arriba, dominando la escena, bañándola con su luz y su fuego. Se ve la sensación de movimiento, de dinamismo, no es un Espíritu estático. Todo tiene sentido y se ilumina con el Espíritu Santo y sin Él el

icono no es más que una apabullante mentira. Pero resulta que Él está ahí. Él es el medio, el que hace posible adentrarse en el misterio del amor misericordioso e incondicional. Él, entre paloma y fuego, está, además de dar luz a la escena, invitándonos a penetrarla. Es un dedo, el dedo de la diestra del Padre que apunta a una dirección. Es como si nos dijera: “Si te centras en lo que te señalo serás mío y yo seré tuyo”.

El Reinado del Espíritu Santo en nosotros, en el mundo, consiste en fijarse y vivir la realidad que Él señala; y Él está señalando al centro mismo de la Trinidad.

P. Eduardo Suanzes, msps

Avisos para la Comunidad

- ✚ *Jueves, 08.06.23 Misa de Corpus Cristi a las 10,00 horas en la plaza del mercado en Remscheid-Lennep (Altstadt)*
- ✚ *Domingo, 18.06.23 Misa y fiesta fin de curso. Después de la Eucaristía de Remscheid-Lennep, nos juntamos en el Pfadfinder Gelände al lado de la Misión para compartir una rica paella, salchichas etc.*
- ✚ *Primeras Eucaristías después de las vacaciones de verano:*
Remscheid-Lennep: 13.08.2023 a las 11,15 horas Igl. San Bonaventura
Wuppertal: 13.08.2023 a las 13,30 horas Igl. San Laurentius

e-mail: miscat.rs@arcor.de * www.miscatremwupp.de

Tel.: 02191/668490

Comunidad Católica de Lengua Española

Remscheid-Wuppertal-Wermelskirchen-Langefeld

Hoja 197 – 04.06.2023

Evangelio según la Comunidad de San Juan

Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios.

Juan 3, 16-18



La Trinidad. Meditación ante un icono

I. Ser humano



Una y otra vez me sumergía con ella (la Trinidad) en oración y súbitamente, como en un suspiro, me encontraba en el centro de la Trinidad y desde ahí mismo contemplaba al Dios de la misericordia; desde su mismo centro contemplaba a cada una de las personas.

Y me sentía en el centro porque ese despojo humano que se encuentra en ese sitio equidistante de la imagen, ése era yo mismo.

Un ser aplastado por su misma historia y por él mismo, que quería ser y que no era, que quería mirar más allá y se encontraba mirándose a sí mismo. Y, por lo tanto, un ser contradictorio, que tenía la experiencia de haberse dado con la pared mil y más veces sin poder salir de ese círculo vicioso; atrapado en su propio deseo de poder y de tener; y atrapado, sí porque ese deseo le hundía más y más y jamás obtenía de él lo que el mismo deseo le proponía.

Era, por tanto, un ser enfermo, débil, necesitado, doliente, con el límite que su propia humanidad le marcaba.

Dios mira al hombre y lo toca, desciende a su realidad y en el Verbo Encarnado se hace uno con ella. Dios es Dios por esencia, pero el hombre está llamado a serlo por participación.

Lo que quiero decir es que el hombre, como imagen, se descubre a sí mismo mirando a Dios; y esto tiene que ver con lo que el hombre es. ¿Cómo saber cuál es mi destino? Mira a Dios; ¿cuál es mi realización? Mira a Dios; ¿cómo saber que algo está bien o mal? Mira a Dios; ¿cómo hacer discernimiento ante tal asunto? Mira a Dios. Mirando a Dios, descubrimos quiénes somos, dónde está la fuente de nuestros deseos realizantes, donde nuestro destino y felicidad.

II. El Padre

Ese es nuestro Padre, amoroso y con entrañas de Madre. “¿Acaso una madre olvida o deja de amar a su propio hijo? Pues, aunque ella lo olvide, yo no te olvidaré” (Is 49,15). Es el Padre el que sostiene, besa y reconforta. Es la viva imagen del Padre en la parábola antedicha. Un Padre que sale al encuentro del

horizonte todas las tardes para ver venir a su hijo. Escudriña la lejanía esperando ver un atisbo de su hijo. Es un Padre con un amor activo, que sale al encuentro, que no se queda apoltronado en su trono de majestad (que bien podría hacerlo), sino que se mueve y sale de sí.



Lleno de amor,
el Padre se inclina
hacia el hombre.

PADRE

Lo abraza,
lo sostiene,
se ocupa de él
con ternura.

III. El Hijo

La figura del Hijo en la imagen es sencillamente inesperada. Observen la delicadeza y la ternura con que toma los pies del hombre para besarlos. Es como si no quisiera romperlos porque los ve frágiles. Observen la expresión de su rostro dirigido hacia los pies, con los ojos cerrados en signo de respeto. Observen la curvatura de su

espalda, sus piernas flexionadas: todo en él indica solicitud, interés, delicadeza, sumisión, entrega, anonadamiento... Adivinamos en su mano derecha la llaga del clavo de la pasión. Se trata, pues, de Jesús resucitado, es decir, se trata de El Señor... ¡El Señor arrodillado!

¿El hijo arrodillado ante el hombre, besándole los pies? Pero cómo puede nadie esperar que esta sea la actitud de todo un Dios. ¿Dios arrodillado ante el hombre?



Jesús, el Hijo de Dios,
se inclina hacia él,
está por debajo
del hombre caído.

Coge los pies
del hombre,
los cubre de besos, los lava.

HIJO